

EL PALADAR DE LOS RELATOS

Elena, uno a uno, elegía con suave delicadeza los fresones que iba a comprar. De buen tamaño, de un rojo vivo en su extremo, pero ligeramente verdes en su base. Ella sabía que el éxito del plato consistía en hallar el justo medio entre la acidez de la fruta y ese punto, entre dulzón y amargo, del chocolate puro fundido cuyo sabor potenciaba, agregándole antes de que espesara demasiado, un punto de pimienta negra molida y dos de canela en polvo. Desde que lo probara en aquel restaurante donde había ido con Marcos a celebrar su último cumpleaños, se había convertido en su postre favorito por el contraste de sabor que se producía en el paladar. Esa era la razón por la que había decidido presentar ese plato al concurso de la cena de primavera.

Todo empezó por casualidad, como una broma de sobremesa entre el café y el humo espeso y denso del habano que Fátima fumaba. Fue Lidia, siempre tan esnob, quien lo propuso. “¿Qué os parece, chicas, si continuamos celebrando estos encuentros con una cena especial? Sería un juego erótico culinario. Cada una de nosotras prepararía un plato exquisito y el premio para la que ganara sería una noche de amor con un joven *gigoló*”.

Una sonrisa general y un par de comentarios sarcásticos fueron la primera reacción a la propuesta. Rebeca, de corazón fresco y joven, dijo que le parecía una gran idea, pero habría que añadirle al plato presentado la narración de un episodio erótico de sus vidas, o que, como decían los trovadores medievales, fingiera ser cierto aunque no lo fuera. Rebeca, además de vitalista, era profesora de literatura.

Fue Elena la siguiente en apoyar la causa: “Estoy de acuerdo, pero habría que matizar todavía más. Cada año deberíamos presentar un plato diferente. Un año entrantes, otro pescados, otro postres, y así sucesivamente”. Elena había trabajado de pasante en el despacho de un abogado, pero todo lo dejó cuando se casó. Elena, aunque mantenía un plácido y civilizado matrimonio, gustaba de no perder ocasión cuando el hombre que la rondaba lo merecía.

Fátima, ya convencida, aspiró con fuerza su puro, el hábito de fumar habanos lo adquirió cuando se convirtió en ejecutiva de su empresa, y aún matizó más: “Os olvidáis del vino, un buen vino no puede faltar junto a un gran plato. Así que propongo que el *bouquet* del vino sea tan decisivo como el sabor del plato”. Celia, superado el sopor que la vencía tras el postre, preguntó de qué se hablaba.

-De una cena exquisita cuyo premio será un hermoso mancebo, respondió Rebeca.

-Me apuntó, sentenció Celia.

Aún discutieron un rato sobre quién ganaría la noche de sexo si el plato elegido no coincidiese con el relato erótico. Por fin, decidieron que en ese caso sería el chico quien eligiera a su pareja entre las dos ganadoras. Celia, arrebatada por ese halo de romántico lirismo que presidía su vida, fue quien propuso que se celebrara el día en que entraba la primavera.

Desde esa conversación habían pasado diez años en los que puntualmente se habían encontrado cada equinoccio de marzo. Diez años en los que se habían añadido nuevas reglas, la más importante, recordaba ahora Elena, se estableció el primer año que ella ganó el concurso. Había que llevarse a la habitación toda la bebida y comida que sobrara de la degustación y no podía abandonarse la alcoba hasta que bandejas y copas quedaran completamente vacías. No había olvidado aquel plato, una selección de entrantes griegos, *tzatziki*, *tarama*, *dolmades*, que había regado con un exquisito *retsina Boutari*. Su paladar recordaba la textura y el aroma del plato y, sin embargo, su sexo había olvidado por completo al joven con el que compartió la noche.

Fátima había pasado toda la tarde en la cocina. Su interés era máximo y la ilusión por obtener el triunfo mayor que nunca. Ese año tocaban postres, su especialidad. Además, ella misma lo había propuesto, esa edición contaría con un doble premio, una pareja al servicio de la vencedora. Fátima estuvo durante una semana rescatando sabores de su memoria, revisando recetarios de cocina y sólo fue la noche anterior cuando, como una inspiración poética, el *petit choux* asaltó su mente. Decidió que esa sería su apuesta, pero que al dulce clásico que tan bien preparaba su abuela, ella le añadiría una salsa de chocolate. “Delicioso, se dijo. Ya no me queda más que encontrar la historia que ambiente el plato”.

Aquel año la reunión se iba a celebrar en casa de Lidia. Lidia era voluble y caprichosa. A las nueve empezaron a llegar las mujeres con sus paquetes en las manos y una ropa especialmente sensual por si había que llegar a la elección entre las dos ganadoras. Rebeca, que poseía unas piernas esbeltas, se había colocado un vestido ceñido de color granate que apenas si bajaba unos centímetros del límite redondo de sus nalgas. Rebeca, tan literaria en su vida como en sus clases, pensaba que aquella cena era una sinestesia en la que el éxito nacía de la conjunción del gusto, el oído y la vista. Quizá, se decía muchas veces, habría que proponer que el tacto y el olfato también participaran en el juego. Con Rebeca llegó Celia. Siempre había

existido entre ellas una complicidad especial. Ellas eran las más bellas del grupo, una belleza que, lejos de conducir las a rivalidad, las había unido frente a las demás. Celia también había decidido mostrar sus piernas sobre tacón de aguja y enfundar su cuerpo en breve falda y jersey ceñido con escote de pico. Cada una de ellas había mantenido en secreto su elección y, sin embargo, Rebeca y Celia habían estado toda la semana dudando entre dos postres diferentes. Rebeca pensó en un helado de mascarpone con tejas de coco, pero, cuando ya estaba decidida, pensó que quizá sería de mayor efecto unos plátanos macerados sobre dulce de leche. Ambos platos los había probado durante el verano en un viaje que junto a Lidia había realizado por el Caribe. Sólo esperaba que a Lidia no se le hubieran ocurrido los mismos postres. Lidia, sin embargo, del viaje al Caribe sólo recordaba la fogosidad de los hombres y un helado de yogur con maracuyá por la impresión que produjo en su paladar el gusto de la vainilla mezclado con la confitura de maracuyá. Lidia había pensado en un postre atrevido y diferente, un flan de zanahoria con salsa Mornay, porque, en verdad, ella cifraba toda su esperanza en la historia que iba a contar y en el champán que, a propuesta de ella -champán o cava, había sugerido-, debía ser la única bebida que podía acompañar los postres.

A las diez las cinco amigas dejaron sus fuentes y los papeles en los que escribían las recetas para que las interesadas pudieran cogerlas sobre la mesa y sacaron del frigorífico las aflautadas copas de cava. Las raciones que habían preparado eran generosas, pues todas debían probar las exquisiteces de las otras y, además, debía sobrar para el encierro nocturno. La primera en dar a probar su plato fue Rebeca, quien al final optó por el helado.

-“Helado de mascarpone con tejas de coco”, dijo, y prosiguió, como era costumbre, enumerando los ingredientes: leche, vainilla, nata, queso mascarpone, azúcar, huevos, harina, coco rallado y azúcar *glass*. En cuanto al cava ya sabéis que yo soy una admiradora incondicional de los *Juvé Camps*, así que os traigo el reserva de la familia *brut nature*”. Todas coincidieron en que lo mejor del postre era el sugerente contraste de sabores que nacía al mezclar los ingredientes.

Celia, que había pensado elaborar una crema de mandarinas, se decidió finalmente por un postre tan empalagoso como el *baklava*, el postre que en su viaje a Grecia le servía de desayuno, de sobremesa y de merienda. “El secreto, les dijo Celia, está en mezclar bien las especias. Yo le añado siempre una cucharadita de canela y luego otra de una mezcla especial que yo misma elaboro con jengibre, canela, casís, laurel, cilantro y clavo. El resto, nueces y

almendras finamente picadas, azúcar, mantequilla fundida, aceite de oliva y la masa de hojaldre. Después, con azúcar, agua, tres clavos y zumo de limón, se consigue el jarabe con el que se rocía la pasta. Y prosiguió. Ya sabéis que yo aborrezco las burbujas, así que os he traído este moscatel de la Axarquía. Un vino dulce con reminiscencias frutales”. Salvo a Lidia, que no era muy dulcera, las demás reconocieron que el *baklava* de Celia era mucho mejor que el que comían en Ática, un restaurante griego al que habían acudido en alguna ocasión.

Fátima había preparado los *petit choux* con salsa de chocolate. “Otro postre para golosas, les dijo, mientras citaba los ingredientes: huevos, harina, agua, mantequilla, una cucharada de azúcar y una pizca de sal. El relleno, ya lo veis, sólo es nata montada. Para la salsa de chocolate yo utilizo siempre *fondant* al que agrego nata líquida. Mi truco, una cucharada de ron, otra de güisqui y un punto de canela. Fátima, tan sibarita siempre, apostó por el *Grand Cuvée* de *Krug*. Elena acompañó los fresones con chocolate fundido con una botella de *Taittinger*, el *Comtes de Champagne 1990*.

Lidia elaboró una receta que acababa de leer en una revista y que por primera vez preparó para la cena, flan de zanahoria con salsa Mornay. La preparación había sido larga y realmente el plato no había merecido tanto sacrificio. Pero su apuesta era un exquisito champán que le había regalado Jean Pierre, *L'exclusive* de *Ruinart*.

A las once llegó la pareja y Lidia los condujo hacia el comedor. Sobre la mesa sólo había dos muestras de cada plato y las botellas correspondientes. “Se trata, les dijo, de que elijáis la combinación más perfecta de sabor. Mientras degustáis, desde detrás de ese biombo os irán contando unas historias de las que también deberéis elegir la que más os haya excitado”. Luego desapareció. Los jóvenes empezaron a probar los postres cuando la voz de Elena empezó a narrar tras el biombo.

Todo ha ocurrido durante este último verano mientras con Marcos, mi marido, recorríamos Italia en un viaje organizado. Cuando llegamos a Florencia con un retraso considerable, Gino nos estaba esperando en el aeropuerto. Desde el primer momento en que lo vi supe, por su mirada y la mía, que acabaría en su cama, que aquel rostro de ángel bello se cubriría con mis besos y las caricias de mis dedos. Marcos estaba tan fatigado que, cuando nos alojamos en el hotel me pidió que no lo molestara, que quería descansar para estar fresco y activo durante la mañana siguiente. Se metió en la cama y yo me bajé al vestíbulo en un intento de que las horas se me hicieran más cortas. Me senté en una butaca y tomé al azar una revista de las que había

sobre la mesa. Gino llegó por detrás. Suavemente rozó mi nuca y dejó que el pelo se enredara en su dedo. Había en esa caricia urgencia de vida, una imperiosa necesidad de beberse la vida a grandes tragos. Yo me levanté y me dirigí hacia el lavabo de caballeros. Traspasé la puerta y me encerré en uno de los retretes. Cuando Gino abrió la puerta yo le estaba esperando con la falda subida hasta la cintura, apoyadas las manos sobre la cisterna baja de inodoro y las piernas ligeramente separadas. Él no tardó en llegar y besó mi culo que se le rendía. Luego empezó a tocarme hasta que los primeros jugos de mi excitación mojaron sus dedos. Fue entonces cuando sacó su verga del pantalón, me agarró con fuerza por la cintura y me penetró. Fue un acto rápido, de toma de contacto, de promesa y de anticipo de lo que luego iba a ocurrir cuando nos dirigimos a su habitación. Yo siempre le había confesado mis infidelidades a Marcos, sin embargo, aquella iba a ser la primera vez que guardaría silencio porque mi pensamiento era hacerlo con Gino en todas las ciudades que visitáramos, en cada rincón en el que Marcos pudiera sorprendernos y sorprenderse de ver mi cuerpo entrelazado con el del joven y hermoso guía. Creo que lo que más me excitaba era pensar que mientras mi marido se afanaba en leer de su guía hasta los mínimos detalles de los espacios que visitábamos, yo llenaba mi boca con el miembro de Gino en cualquier pasillo perdido, en cualquier rincón solitario o tras el seto de un jardín. Es cierto que alguna vez nos sorprendió algún viajero, es cierto que a veces Marcos me preguntaba que dónde estaba, pero cualquier mentira le servía. Sólo una vez estuvo a punto de encontrarnos. Fue en Imola, en la Rocca. Él estaba contemplando la colección de armas antiguas. Gino me había atrapado entre su cuerpo y el muro de una galería prohibida para el visitante. Yo llevaba una blusa transparente y muy fina y gozaba del contraste entre el calor de su cuerpo y el frío del ladrillo. Marcos estaba al otro lado de la puerta. Gino me besaba los senos con pasión desbocada. Yo le bajé los pantalones y acaricié su miembro erecto. Él me izó con sus manos y yo levanté mi muslo para permitirle una más fácil penetración. Mis orgasmos son muy escandalosos y sabía que Marcos reconocería mis jadeos. Le pedí a Gino que me cubriera la boca cuando el placer se desbordara. Y lo hizo, primero con sus labios y su lengua, sin dejar de besarme, luego, con aquella mano a la que mi placer arrancó unas gotas de sangre. Inmediatamente tomó el relevo Celia.

Yo me desvirgué siendo adolescente, es lo primero que dijo. Yo era poco más que una niña, pero mis senos eran ya grandes y redondos, amables como el tacto de mi carne, como la suavidad de mis muslos blancos y torneados que se mostraban prácticamente en su totalidad bajo ese vestido de florecillas tan corto que mi madre me ponía en verano. Mis amigas todavía

estaban en esa fase de cuerpo indefinido entre andrógino y femenino. Yo en cambio me complacía cada mañana mirando mis suaves ondulaciones frente al espejo y me acariciaba con placer el vello claro que cubría mi sexo. En el fuego de mis entrañas sabía que algo me faltaba, que otro modo habría de calmar el ardor que me incendiaba el pubis. Y fue poco más tarde cuando lo descubrí. Yo vivía en un pueblo de yesos y romero, de eriales y un sol de justicia que abrasaba los abrojos. Una tarde de agosto, cuando el sol declinaba, me encontré con Fabián el pastor. Yo estaba sentada en la puerta del hato con aquel vestidito que apenas si llegaba a cubrirme mis blancas bragas. Con ese sexto sentido que poseemos las mujeres noté que su deseo se derretía en mis piernas. Me preguntó que qué hacía allí sola y le contesté que había llegado hasta aquí paseando. Se sentó a mi lado y siguió preguntándome cosas. De pronto se levantó y empezó a hacerme cosquillas por el vientre. Yo no dejaba de moverme y él sentía con sus brazos el roce de mis amplios y duros pechos. De repente mi mano, al girarse, tocó algo terso dentro de sus pantalones. Él se detuvo y empezó a acariciarme la cara interna de los muslos. Entendí entonces que el deseo que buscaba mi cuerpo habitaba en las manos vellosas y rudas de aquel hombre. Me rendí a sus dedos que exploraron mi vientre y mi seno, a sus besos que midieron encendidos la distancia entre mi culo y mi cuello. Fui yo quien decidió averiguar qué se escondía tras sus anchos pantalones, quien introdujo la mano en su bragueta y descubrí lo que desde entonces más me ha apasionado en esta vida. Aquella tarde me entregué gozosa a esos nuevos juegos que jamás había imaginado. Aquel verano conocí el amor en los brazos de otros muchachos mayores que yo, pero durante cada tarde, puntualmente, regresaba al hato en busca de las salvajes caricias de Fabián.

El breve silencio se rompió con la voz de Rebeca. La voz de Rebeca era tan sensual como la esbelta línea de su cintura. La historia que os voy a contar está fresca porque me ha sucedido esta mañana, porque aún siento en mi piel el penetrante perfume del padre de Rosa. Las notas de Rosa habían sido bajas y como a un padre más lo había citado para comentar la trayectoria de su hija. Sin embargo, cuando apareció frente a mí, su prestancia me dejó totalmente desarmada. Era alto y musculoso y su rostro bronceado acentuaba todavía más el color claro de sus ojos. Vestía implacablemente con una corbata a rayas que entonaba delicadamente con el color cielo de su camisa. Por primera vez no supe qué decir. Me quedé embobada mirándole y él, acostumbrado como debía a estar a esas miradas de mujer, supo que yo acabaría siendo una más de sus conquistas. Por fin tendí mi mano y le pedí que me siguiera hasta el cuarto donde se recibía a las visitas. Le invité a sentarse en el tresillo y yo me quedé

frente a él en mi silla. Iniciamos una conversación fría y distante, tan académica que hasta pareció romperse el primer contacto de nuestras miradas. De repente él me preguntó si me molestaba que encendiera un cigarrillo. Yo le repliqué que no y él, después de preguntarme si fumaba, me tendió el paquete. Yo tomé uno de aquellos cigarrillos rubios y lo llevé a mi boca. Él se levantó y se acercó para darme lumbre. Yo no pude resistirme y tomé aquellas manos que sostenían el encendedor. Él mantuvo durante unos segundos la llama y empecé a acariciar el dorso de sus manos. Sin mediar palabra me abrazó con tal fuerza que mi deseo quedó todavía más entregado a su deseo. Su boca recorrió mi cuello y sus dedos flotaron en mi pelo, mientras yo le iba despojando de su corbata y su camisa. Con urgencia me quitó el jersey e introdujo su mano por debajo de mis pantalones mientras con la punta de su lengua mojaba mis pezones erectos. Bajo sus pantalones mis yemas se perdieron en el tacto suave de la licra de sus calzoncillos. Tenía el pene erecto y yo lo estrujé con fuerza. Al cabo de un minuto estábamos desnudos y entrelazados en el tresillo de las visitas. Él se había sentado y yo me había colocado de frente sobre sus piernas. Su abrazo era firme y delicado, las embestidas de su miembro me levantaban y me perdían en oleadas de placer. Perdí la noción del tiempo porque mi razón y mis sentidos se habían anegado de la virilidad del padre de Rosa. Después del segundo orgasmo acerté a mirar el reloj. Ya debería estar en el aula. Rápidamente me compuse, apenas tuve tiempo de besarlo y de quedar con él para la próxima semana. Ven un poco antes, fue lo último que le dije.

Fátima hablaba pausada, como midiendo el efecto que sus palabras podían causar. Por aquel entonces yo residía en Zaragoza y era una estudiante de primero. Una noche había bebido más de la cuenta cuando todos mis amigos estaban aún en la segunda copa. Era invierno, un día de cierzo que cortaba el rostro. La verdad es que debía estar insoportable. Alguien dijo de llevarme a casa, pero eso era como poner el cascabel al gato. Yo la llevo, dijo de pronto Carmen. Si hubiera estado sobria me hubiera parecido extraño aquel ofrecimiento, pero la verdad es que con cada minuto que transcurría yo me encontraba peor. Carmen era mayor que yo. De vez en cuando se acercaba a nuestro corro y se quedaba con nosotros. Luego marchaba tan en silencio como había llegado. Carmen practicaba atletismo, salto de altura posiblemente, porque sus piernas eran infinitas. Ya en casa Carmen me preparó un café muy cargado y consiguió por fin aliviar mi malestar. “Ahora métete en la cama”, me dijo. Yo había recuperado la suficiente entereza para desnudarme sin ayuda. Carmen se sentó en el borde de mi cama y sólo miraba cómo yo me iba despojando de mi ropa. Su mirada ardía, pero yo entonces aún no sabía leer en

los ojos. Me metí en la cama y me arropé hasta la nariz. Me sentía fatigada y débil, pero no podía dormirme. Sólo cerrar los ojos y dormir. Carmen llegó hasta la cama y me preguntó si dormía. Yo no tenía ni ganas ni fuerzas para contestar y callé. De pronto noté que su mano levantaba las mantas a la altura de mis piernas. Era una mano larga y caliente que buscaba mi cuerpo. Halló mis muslos y con pericia me fue acariciando. Era un hermoso cosquilleo que poblaba mi vientre. Yo callaba porque nunca antes había sentido tanto placer con una caricia. Despacio sentí que sus dedos ascendían hasta mi pubis y ligeramente su mano peinó mi vello rizado. Luego se adentró en mis labios y con delicadeza buscó mi clítoris. Yo estaba tan excitada que de mi sexo fluía espeso el néctar de amor. Carmen lo advirtió y humedeció sus yemas en mi jugo. Luego se lo llevó a la boca y empezó a masturbarme mientras no dejaba de lamer sus dedos. Yo notaba mis pezones duros como piedras, como diamantes y ni me atrevía ni quería hacer nada más que sentir su lengua que ahora se había internado en lo más sagrado de mi monte. Ella mordisqueaba, succionaba, lamía, con delicadeza y ternura, con pasión y deseo. Yo no pude reprimirme más y cuando iba a alcanzar el orgasmo tomé su cabeza entre mis manos y le pedí que no parara que me devorara el sexo hasta hacerme suya. Fue un orgasmo que aún hoy atesoro en mi alma. Luego se desnudó y nos acariciamos piel a piel hasta que llegó la madrugada.

Lidia era quien ahora hablaba. Yo tenía entonces dieciséis años y desde que había descubierto el sexo lo deseaba a cada momento. Ya sé que los muchachos en el instituto se me acercaban porque nunca decía que no, pero eso a mí no me importaba, no me importaba ni la mala fama ni las miradas, en el fondo envidiosas, de mis compañeras. Yo necesitaba sentir en mis manos el tacto de un pene y lo buscaba sin vergüenza. Una tarde de primavera mi vecina me pidió que si podía cuidarle al niño porque a ella le había surgido un imprevisto. Yo pasé a su casa y me senté en el sofá para ver la televisión. David tenía nueve años y una mirada que en el futuro rendiría mujeres. La televisión era un aburrimiento. David estaba en su cuarto haciendo no sé qué. A mí el aburrimiento siempre me ha conducido a la masturbación, así que me quité las bragas y levanté mi falda. Empecé a acariciarme mientras cerraba los ojos intentando pensar en que mis dedos eran los de ese actor que tanto me gustaba. De pronto apareció David y me preguntó que qué estaba haciendo. Al principio me asusté y retiré la mano del pubis y dejé caer la falda. David me preguntó por qué era tan negro mi vientre y yo le dije que se acercara. De nuevo me levanté la falda y le mostré mi coño, de pelo duro, espeso y rizado. A todos los hombres les ha vuelto loco el pelo de mi coño. Ni siquiera hoy, cuando ya no soy joven, es lacio ni liso. David se quedó sorprendido, quizá aún hoy no haya olvidado mi sexo. Le pedí que lo

tocara: “Te gustará, es suave”. Torpemente colocó su mano sobre mi sexo y allí la dejó. Yo tomé su mano pequeña y blanca y la conduje por el laberinto de mis piernas. Me masturbé con su candidez y le masturbé a él para que con el placer guardara el secreto. Al día siguiente regresé a mis compañeros de clase, a los hombres que me buscaban con su deseo y a ver a David como lo que era, un niño sin desarrollar.

Desde que eligieron su *petit chou* y la historia de Celia, Fátima sabía que sería su amiga quien entraría en la habitación con la joven pareja. Y así fue. Celia se tendió en la cama y les pidió que se desnudaran, que besaran cada rincón de su piel. Ella le tomó los labios con delicadeza y los mordisqueaba dejando grabada en ellos la huella de su carmín. Él le desabotonó la blusa y perdió su boca entre sus senos turgentes y levantados. Celia metió su mano por debajo de la falda, ladeó su braga de blonda y empezó a acariciarse el pubis. Él la penetró de espaldas, Celia no dejó de masturbarse hasta que alcanzó el primer orgasmo de la noche. Luego, sin mediar un segundo, le pidió a ella que rozase con su lengua su clítoris ya abultado. Ella se dejó caer sobre la cama mientras él no dejaba de follarla. La lengua de ella se demoró y se afanó en cada rincón de su coño. Celia se dejó invadir por la gozosa sensación del placer ajeno, del propio placer cuando sintió esa oleada que con vértigo le poblaba el vientre. “Ahora, correos ahora”, les pidió para fundir su clímax con el suyo, para apropiarse con la vista de los espasmos salvajes de la pareja. Tras el primer combate le pidió a él que le acercara una copa de moscatel. Les enseñó a degustar el vino, les habló de las mil sensaciones que se acumulaban en el paladar con cada uno de los postres que ante ellos se extendían y, finalmente, le pidió a ella que aplastara sobre su pubis el helado de mascarpone y a él que se untara la verga con la salsa de chocolate. Ambos se habían tendido sobre la cama. Celia mezclaba los sabores en su paladar hasta limpiar ambos vientres con la voracidad de su lengua. Fue entonces, cuando la excitación la vencía, que le pidió a él que la penetrara con violencia, que la desarmara con un golpe seco de su pene. Celia, de repente, se sintió invadida por la enorme poya de aquel muchacho. La había penetrado por detrás y el clítoris quedaba libre para la boca de ella. “Quiero que me lo comas con la boca llena de champán, quiero sentir el frescor de las burbujas rebotando en mi carne y en tus labios”. Otra vez esa sublime sensación invadió el cuerpo de Celia. Luego se tendió sobre la cama y les pidió que acariciaran cada poro de su piel. Relajada se levantó, abrió la puerta del dormitorio y pidió a sus amigas que compartieran con ella aquella noche tan especial. A los pocos minutos los cuerpos desnudos se confundían. Cada mano tocaba un sexo ajeno, cada boca buscaba un pezón, o todas

las lenguas trataban de converger en la única verga que poblaba la alcoba. Él las penetraba un momento a todas, ellas por turno iban chupando con pasión su suave bálano. Después todo se desbocó. Él se centró en Rebeca, ellas buscaron consuelo en sus besos con sabor a champán y dulce, en sus dedos largos y sabios, en aquel juego de vergas de látex que Lidia había sacado del maletín en que las guardaba. La noche se prolongó hasta el alba. Él había quedado exhausto, ellas no dejaban de acariciarse. La bebida se había consumido y con la última fresa que Elena comió se puso fin al juego. Una a una fueron abandonando la habitación. Lidia pagó a la pareja y mientras esperaban turno para ducharse sacó del refrigerador la última botella de champán que había reservado para aquel momento de lúcidas confesiones. Todavía conversaron y bebieron durante una hora. La noche empezaba a pasar factura en sus rostros dichosos pero fatigados. Cuando Lidia cerró la puerta se preparó un baño, descorchó una botella de Sauvignon Blanc de Rueda y, mientras degustaba el aroma afrutado del vino, dejó que por última vez su mano se deslizara bajo la capa de espuma que la cubría.